

Ganarse la vida en bicicleta

Jesús Vicente García



Ilustraciones: Beatrix G. de Velasco

I

Voy en el auto con Basilio y le platico de mi reciente lectura, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, de Cervantes, de la importancia del peregrinaje de los personajes que buscan el progreso interior y exterior; comienzan en una isla bárbara y terminan en Roma, “el cielo de la tierra”. Pasamos por un tianguis afuera del metro Iztacalco, sobre el Eje 3 Oriente. Le digo que se detenga para ver libros. Se sigue de largo. En un santiamén ya estamos casi enfrente del Hospital General de Zona 2-A del IMSS, en Eje 3 y Viaducto. “Mira esas enfermeras”, le digo, veo hacia mi derecha, de pronto casi me estampo con el parabrisas. Basilio frena. Mienta madres, golpea el volante, saca la cabeza por la ventanilla para continuar una perorata acerca de la importancia de saber andar en bicicleta. Una sinfonía de cláxones se adueña de nuestros oídos y nuestras mamacitas. Se baja del auto. Su rostro pasa del enojo al susto. Lo sigo. Veo en el piso un joven con casco y ropa de ciclista que se queja de dolencia, y a su lado, una bicicleta tirada. Ambos nos acercamos. Basilio le pregunta si está bien, si no le pasó algo. Se levanta. Sólo un raspón. El tipo no rebasa los veinticinco años. Dice ser mensajero. Nos enseña unos sobres y comenta que apenas va a hacer su ruta, allá por Tacuba y la Pensil. Se disculpa. Basilio le quiere volver a reprender. El joven está asustado. Intento calmar a aquél. Un accidente a cualquiera le puede pasar.

—Es la tercera vez en la semana que casi atropello a estos cabrones porque se quieren pasar el alto y creen que todo mundo los tiene que respetar, que no mamen —argumentos contundentes en un rostro enojado.

El sol de mediodía pega como sólo la primavera sabe. Una señora que está sentada en la banqueta se levanta como resorte y mira hacia el cielo; escuchamos a lo lejos: ¡guaaa guaaa guaaa, alarma sísmica, alarma sísmica! Una joven dice que se jaló la tierra. Todo pasa tan rápido. Los cables de los postes se mueven, el auto de Basilio igual. De la clínica salen enfermeras, médicos, administrativos, mas no enfermos. Tiembla en la ciudad.

II

A veces las personas somos como la calle en que vivimos. Olemos y vestimos igual que ella. Ir por el pan, por las tortillas y un jabón para la ropa nos permite saludar a los vecinos educados que todavía quedan. Pero cuando uno anda como peregrino todo el día en la ciudad —colonias y calles—, uno es todas las calles, somos algo más que un poste, una coladera, un semáforo o un perro tomando el sol. Somos y hacemos la ciudad.

A principios de los años noventa, yo era mensajero de Mex-Courier, empresa que me permitió conocer la ciudad a pie, en bici y en motocicleta, aunque preferí la bicicleta; pedalear es vivir la libertad. La ciudad entonces era mía y de nadie más.

III

Todas las mañanas era la conquista diaria. Comencé repartiendo en colonias de la delegación Álvaro Obregón: San Ángel, Las Águilas, Santa Fe, La Mexicana, Olivares del Conde, Jardines del Pedregal, Desierto de los Leones, San Bartolo Ameyalco; después variaron las rutas: Tacuba, la Anáhuac, Lomas de Sotelo, Vista Hermosa, la Pensil, el Casco de Santo Tomás, y después otras y otras, y poco a poco fui conociendo la metrópoli, las banquetas que cambian de una colonia a otra, los aromas de cada lugar, la arquitectura de las casas, las formas de las vecindades, el tipo de perros, las unidades habitacionales y sus vericuetos en las escaleras, con los vecinos, el tipo de vegetación, y a eso agreguemos el tipo de gente; lo que me quedó claro es que de acuerdo a la cantidad de árboles es la violencia. Zonas con vegetación: gente pacífica, economía alta; mientras más árido, más violencia, pobreza. Y había que estar a las vivas con mi bici de medio cachete, a la que le fui metiendo sus quince velocidades, llantas, piezas originales Magistroni, que fui armando sin prisa. Así, en diciembre del noventa la rehice toda y la mandé a cromar de azul en la Glorieta del Tío Sam, en la Doctores. Me regalé de Reyes, el seis de enero del noventa y uno, una bici nueva hecha por mí.

En bici me tocaron dos temblores, en los que casi vuelo por llegar a casa. Era relativamente reciente el terremoto del año del ochenta y cinco, y los recuerdos me ponían la carne de gallina. Pasé lluvias tremendas y esos fríos de invierno, cuando aún no se alteraba tanto el clima como ahora que la primavera parece verano y el otoño invierno. Tuve accidentes duros. Me la quisieron robar varias veces y me correataron otras tantas. Yo me crecía al castigo, no me espantaba, confiaba mucho en la bici y en mis piernas. En plena avenida Alta Tensión les hacía caracoles a dos batos que me perseguían en otras bicis, y por supuesto, no me alcanzaron nunca; ni dos tipos treintones que me persiguieron desde la Florida, donde estaba Radio Mil, hasta Eugenia.

Nos quedamos quietos. El movimiento es oscilatorio. Ya no somos el centro de atención, sino una mujer de muy buena pierna que le dio un ataque de nervios y dos jóvenes enamorados que se abrazan y lloran. El de la bicicleta se fue. Basilio no quiere. Lo convenzo. Aunque es cierto, es un idiota por pasarse los altos y zigzaguear entre los autos. Aclaro: ése no era un ciclista, es un bicicletero, un mensajero que anda en bicicleta. Un ciclista es un deportista que sistematiza y organiza su actividad, que profesionaliza y no banaliza andar en dos ruedas.

Ambos hacemos nuestras llamadas. Después del susto, instalados en su auto, con calma, nos dirigimos a nuestros objetivos: la librería y a comer. Sólo hicimos lo primero. Deja el auto en un estacionamiento de Bolívar y caminamos. Le platico que a mí la bicicleta me permitió comer. Mis piernas, aunque flacas, me ayudaron para ganarme el sustento después de egresar del Cetus 49, en Xochimilco. Aunque yo trabajaba desde antes de entrar al Cetus.

—Pero son re chafas esas escuelas, ¿no? Ahora entiendo tus carencias —conozco su ironía y sólo sonrío.

—Ya te hubiera gustado estar conmigo en ese lugar, en el “Paraíso”, donde bebíamos, donde conocí el arte, el rock rupestre, la pintura, la guitarra, el blues... pero tú qué sabes de eso, niño bien, que escucha Radio Disney y ves Sonico con la *Tanga* García, y además...

—Tú también escuchas Radio Disney, no te hagas.

IV

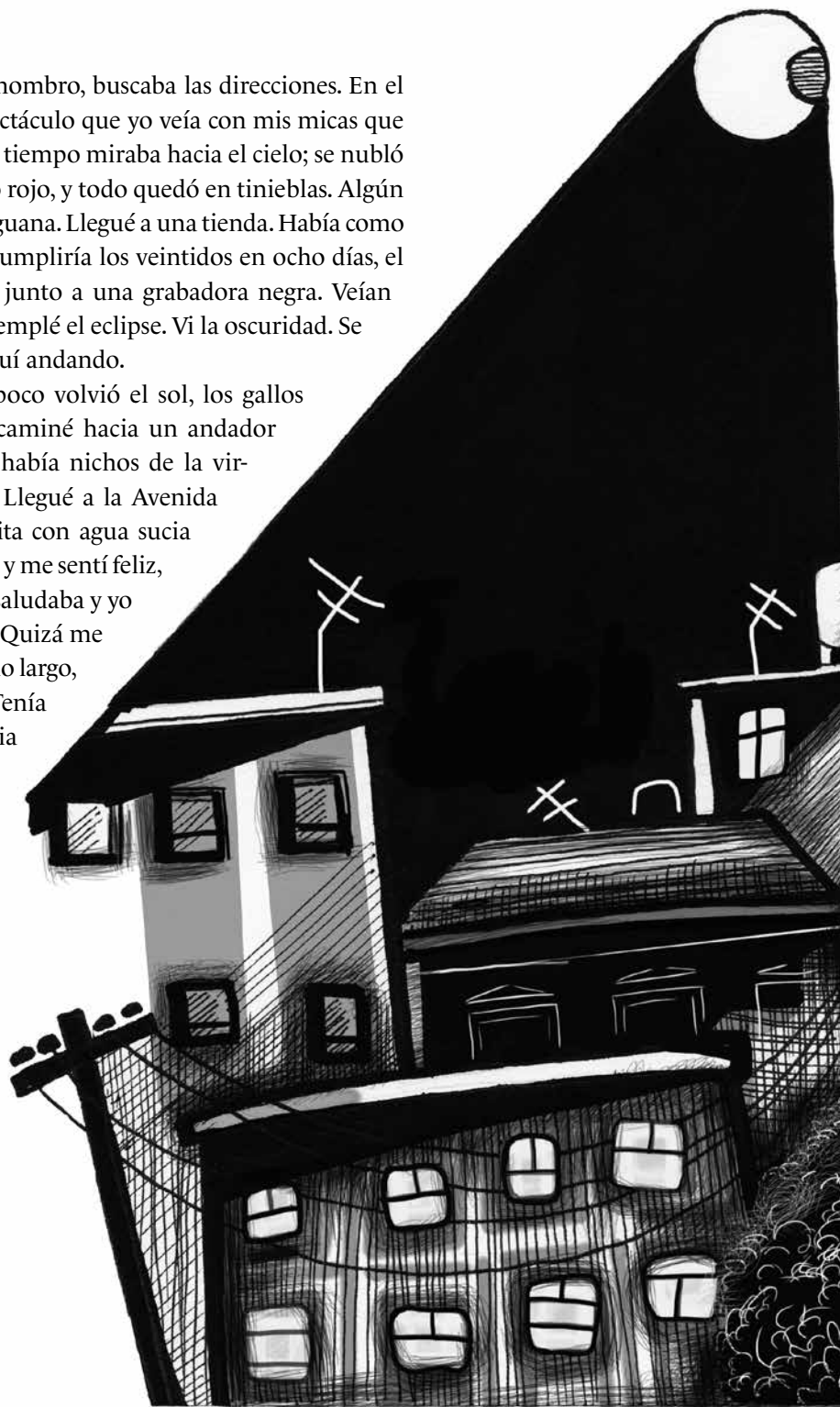
Era julio y se venía un eclipse. No sé si fue bueno o malo, pero el diez de julio se me poncharon las dos llantas de la bici en la noche; regresaba del parque después de una buena cáscara de básquet. Así que el once, día del eclipse, me fui en metro y pesero a la famosa Unidad Belén, en Santa Fe, y de ahí a la colonia Bonanza, me bajé por los andadores de Lomas de Becerra, llegué al famoso Cuernito y de ahí descendí por una cima

terrosa. Comenzaba a hacer frío. Morral al hombro, buscaba las direcciones. En el cruce hacia esos andadores comenzó el espectáculo que yo veía con mis micas que se vendían en el metro Chabacano, y todo el tiempo miraba hacia el cielo; se nubló y el sol era un foquito, luego se fue haciendo rojo, y todo quedó en tinieblas. Algún perro ladró y de inmediato calló. Olía a mariguana. Llegué a una tienda. Había como diez chavos de mi edad, la pura banda (yo cumpliría los veintidos en ocho días, el 19 de julio), bebiendo cerveza y fumando, junto a una grabadora negra. Veían el eclipse de sol. Me compré una coca y contemplé el eclipse. Vi la oscuridad. Se hizo de noche en pleno día. Alucinante. Seguí andando.

Fue cosa de cinco minutos y poco a poco volvió el sol, los gallos comenzaron a cantar, los perros a ladrar; caminé hacia un andador de escaleras anchas, en algunos descansos había nichos de la virgen de Guadalupe. El sol iba en aumento. Llegué a la Avenida Chicago, medio asfaltada; había una lagunita con agua sucia que usaban como tiradero de basura. Caminé y me sentí feliz, comenzó a caer un chipi chipi. La gente me saludaba y yo a ella, como que nos dio por la buena onda. Quizá me confundían con sus vecinos; yo usaba el cabello largo, morral negro y mis Converse de bota ídem. Tenía que hacer unas últimas entregas en la colonia Pino Suárez y Bellavista, que al ser zona alta permitía ver la ciudad con su nube de esmog, con amenaza de tormenta, mientras el sol y la lluvia me hacían sentir vivo. Muchos jóvenes de secundaria se reunían en tiendas, parques y explanadas, coincidió con la hora de su salida, y así fue toda la ciudad, porque caminé a Observatorio y los de la Prepa 4 hacían sus bolitas, como si fuese sábado, lo mismo sucedió en mi calle.

v

—¿Te das cuenta de lo que te decía hace rato? —le digo a Basilio—. Ese peregrinar como mensajero, en la lucha por sobrevivir, me permitió ver el eclipse solar en una zona llena de basura y al



mismo tiempo llena de vida, por eso me siento como esos personajes del *Persiles*.

Basilio me ve con cara de duda, y antes de que diga algo le explico.

—Comencé de un lugar bajo, poco civilizado, del barrio, a algo más elevado, a la mera ciudad, en donde me he llenado de arte. No hablo sólo de ese día, sino de la vida, se parece mucho al día del eclipse. Lo vi desde la inmundicia, pero seguí peregrinando para alejarme de eso. Ahora ya no trabajo en la calle ni tengo que soportar todos los climas. Soporto otras cosas, gajes de oficina, ya sabes.

VI

Esa noche, 11 de julio de 1991, platicué con mi cuate Miguel cigarro en mano acerca del eclipse. Me contó sus cuitas y nuestra eterna crisis económica de jóvenes noventeros, que parece ser no pasa de moda, y hasta recordamos los días posteriores al terremoto, el mundial de México 86, del montón de changarros de Domino's Pizzas que pulularon en la ciudad ese año; incluso, muchos de nuestros amigos tuvieron su primera chamba como repartidores de pizza; no sabíamos que eso era la globalización.

VII

Recorremos la librería hablando de libros y de música. Basilio me pregunta por qué le platicué eso del eclipse, la bicicleta, las calles, la ciudad. Porque los temblores siempre me traen recuerdos, me agitan, me succionan, me hacen sentir más vivo; debe ser eso, que activo mi sistema de alarma y defensa personal, y quizás así alejo a la parca en cada temblor, porque uno nunca sabe, y mientras haya que peregrinar, peregrinemos, qué más da que tiemble, así imagino que voy en mi bici como cuando en ella me ganaba la vida, a fuerza de necesidad y pedaleando por mi libertad. ▀

